

INTRODUCCIÓN

Era el inicio de un nuevo semestre, anhelaba ver a mis amigos después de un largo verano aunque en realidad había tenido unas hermosas vacaciones en Ibiza, una parte de mi deseaba ver a mis compañeros y por supuesto contar todos los pormenores a la loca de mi mejor amiga: Ruth pero odiaba la idea de enfrentarme de nueva cuenta a las tareas, trabajos, exámenes y la presión de acreditar las materias. La realidad golpeó a mi cara al verme estacionando mi auto para llegar a mi primera clase, salí corriendo porque eran las 7:05 de la mañana. Llegaba tarde.

– Mierda, mierda – iba diciendo mientras subía las escaleras a toda prisa.

Conocía a la mayoría de los profesores ya que al ingresar al cuarto semestre era de esperarse pero cuando me inscribí supe que el profesor que me impartiría “matemáticas avanzadas IV” era nuevo ya que su nombre no me sonaba de nada por lo que tenía mayor prisa por llegar, su clase iniciaba a las 7:00.

Estaba a pocos pasos de pisar el salón, mi reloj marcaba 7:07, aquello no era una buena señal.

– Mierda, que me deje pasar – no pude pensar nada más.

Inhalé fuertemente para calmarme un poco ya que después de subir cinco pisos como si me persiguiera el diablo era de esperarse que no pudiera ni respirar, segundos después giré la manija de la puerta.

– ¿Puedo pasar? – logré decir en un suspiro ya que continuaba agitada.

¿Dónde diablos estaba el profesor? O tal vez me equivoqué de salón, no, eso no, mi horario marcaba esta aula...

– Adelante, es la última vez que le permito entrar tarde.

Localicé el lugar donde venía esa voz y oh por Dios, no lo podía creer, ¿en verdad tomaría clases con un tipo tan apuesto?, me quedé parada en la puerta contemplándolo por más segundos de lo debido.

– ¿Piensa quedarse toda la clase ahí parada? – dijo con voz dura.

Me sonrojé y entré de prisa, alcancé a localizar un lugar en la esquina derecha del salón, mientras llegaba aproveché para saludar a quien me encontraba en el camino, me desplomé en mi lugar intentando estabilizar mi respiración aunque ya no lograba distinguir si mi estado era por la correr y subir cinco pisos o por la impresión del nuevo profesor.

– ¿Cuál es tu nombre? – seguía sumergida en mis pensamientos cuando alguien me golpeó en el codo.

– ¡Auch! ¿Qué? – le pregunté a mi mejor amiga mientras le lanzaba una mirada asesina.

– Baja a la tierra Syrah, te habla el profesor – me dijo muy despacio y con una sonrisa burlona.

– ¿Cuál es tu nombre? – volvió a preguntar un poco impaciente.

– Perdón – me sonrojé. – ¡Hola! Me llamo Syrah Jones

Me miró por varios segundos, como si me examinara detenidamente, estaba demasiado lejos pero logré ver un brillo en sus ojos. ¿Un brillo? En verdad estaba alucinando, movió la cabeza como si saliera de un trance y comenzó a hablarle a la clase.

– Bueno, ya platicamos de las políticas, necesito conocer el nivel que tienen por lo que se tomarán el resto de la clase para resolver los siguientes ejercicios, en completo silencio, el primero que hable le recojo el examen y créanme tendrá valor.

Vaya que el nuevo profesor se encontraba en un mal momento, tal como lo dijo dictó bastantes ejercicios, estaba confusa parecía jeroglíficos después de tantos meses sin tomar un lápiz y menos realizar ejercicios tan complejos por lo que me había resignado a no tener una calificación demasiado alta.

– Mierda – sin duda sería mi palabra favorita para ese día.

Cuando levanté la vista me percaté que era la última, genial estaba tan absorta resolviendo los ejercicios que no me di cuenta que todos habían salido, ni siquiera Ruth se dignó a hacerme alguna seña para salir de ese infierno.

– ¿Perdón? Disculpa pero no puedes decir malas palabras – ¿por qué tenía que tener una voz tan sensual? Y ese maldito acento. Levanté la vista y casi me caí de la silla al darme cuenta que se encontraba a unos pasos de mí.

– Lo siento, no se volverá a repetir.

Sin pensarlo dos veces me levanté y le entregué la hoja, tomando a prisa mi bolsa, caramba lograba ponerme demasiado nerviosa con solo saber que estaba a unos escasos centímetros de mí, logré distinguir su colonia y cuando nuestros ojos se encontraron me sentí desfallecer.

– ¿Mal día? – noté como se le formaba una sonrisa burlona.

– Sí y apenas son las 8:30, imagino que será un largo día.

– ¡Hola! Me llamo Daniel y por favor asegúrate de no llegar tarde mañana.

Asentí muy despacio, era impresionantemente guapo. El pelo, espeso y oscuro, caía sobre una frente amplia. La mandíbula era angulosa, y la barbilla con un hoyuelo estaba cubierta por una sombra de barba que proclamaba su masculinidad. La boca ancha se curvaba con una expresión que parecía mitad sonrisa, mitad desafío. Y, oh, esos ojos.

– Por supuesto – ¿indicaba el fin de la conversación? Pero ninguno hizo el menor movimiento para salir de ahí hasta que mi celular sonó indicando que llegaba retrasada a mi siguiente clase. – Mierda, llego tarde, hasta mañana.

Salí a toda prisa de ahí aunque en realidad lo que buscaba era salir de la proximidad de Daniel, vaya que hermoso nombre y como lo predije llegue tarde a mi siguiente clase, ¡genial!.

– Gracias por avisarme que se había terminado el tiempo del examen rápido – le dije a Ruth mientras me sentaba atrás de ella.

– ¿Dónde traes la cabeza, Sy? Te hablé tres veces y hasta te mande dos mensajes, ¿no los recibiste?

– No, no me llegó nada, es más te lo voy a mostrar – busqué mi celular en todos lados, las bolsas de mi pantalón, en mi bolsa, mi chamarra pero nada. – Mierda.

– ¿Qué sucede? – preguntó Ruth en voz baja.

– Mi celular, juro que lo traía pero no lo encuentro – comencé a retroceder, haciendo memoria, había sonado, ¿cierto? Si, eso era, lo dejé en el otro salón, sin decir más me levanté y salí en búsqueda de mi amado celular.

Por supuesto todos se encontraban en clase, los pasillos estaban desiertos, rogaba porque no tuvieran clase en ese salón si no estaría perdida pero visualicé la puerta abierta y entré sin más, llegué al lugar donde me había sentado pero no encontré nada.

– ¿Dónde carajo lo dejé? – dije en voz alta.

– ¿Buscas esto? – di un salto acompañado de una maldición.

– Me asustaste, agradece que no sufro del corazón.

– Perdona, creí que me habías visto al entrar.

Por más que intenté no pude evitar mirar sus ojos y en ese momento me paralicé por completo, hacía tan poco tiempo que lo conocía y ya tenía ese poder para hipnotizarme.

– Gracias por recuperarlo – le dije tendiendo la mano.

– De nada.

Nuestros dedos se rozaron y sentí como una corriente eléctrica atravesaba todo mi cuerpo, maldita sea, no podía continuar así ya que tendría que verlo por los siguientes seis meses y no podía olvidar a mi novio, aunque había algo peor: ¡Era mi profesor!

– Tengo clase, me tengo que ir, nos vemos después, gracias de nuevo.

Di media vuelta para salir corriendo y volver a mi clase, aunque en ese momento no fui consciente que mi vida daría un giro completamente inesperado y se tamblearía hasta el punto de ya no saber que camino elegir.

CAPITULO UNO

SYRAH

Hace una semana que iniciaron las clases, la monotonía comienza hacerse presente, la salida al cine con mis amigos, comer en cualquier lugar al finalizar las clases, tal vez un helado o simplemente sentarse en el pasto haciendo chistes absurdos de los profesores aunque nunca se puede descartar quedarse horas en la cafetería haciendo una actividad para el siguiente día que nos lleva más tiempo del previsto.

Aún me cuesta levantarme temprano porque nunca he sido muy madrugadora que se diga, más bien hasta ahora no he conocido a nadie que lo sea pero ahora sí que me esmero, digamos que existe un motivador y su nombre es: Daniel Taylor.

No logro acostumbrarme a su presencia, cada vez que me pregunta algo me quedo como una tonta y no puedo evitar ruborizarme, maldita sea terminaré volviéndome loca si no paro esta situación, como ahora mismo no entiendo nada sobre las ecuaciones que está escribiendo porque mi mirada está dirigida a otra parte de su anatomía, digamos más interesante, sin esfuerzo sería feliz si pudiera mirarlo todo el día, es un deleite.

—¿Tienen alguna duda sobre el tema? —demonios se ha dado cuenta que le estaba mirando por la forma en la que le brilla la mirada. —Syrah, ¿tienes alguna duda?

Joder, me está hablando a mí, vamos cerebro conecta con la lengua y di algo coherente, no lo echas todo a perder.

—No, ninguna —debo dejar de ruborizarme cada vez que me habla.

—Excelente, en ese caso resuelvan la actividad tres, tienen hasta el final de la clase para entregármela —¿por qué no deja de mirarme? ¿en serio no puede voltear a otro lado? Sí, le estaba viendo el trasero pero debe superarlo.

Comienza a sonar mi celular con el tono “Amanecer” de Los Daniels, una de mis bandas favoritas mexicanas pero ese tono lo ha elegido mi novio: Adam Gibbs. Me levanté rápidamente para salir y atender la llamada.

—¡Hola! —maldita voz.

—¡Hola bombón! ¿Cómo estas? —dijo Adam del otro lado de la línea.

—Bien, todo excelente —justo en ese momento Daniel salió del salón.

—Genial, ¿te gustaría ir a comer? —continuó diciendo Adam.

—Sí, claro, ir a comer suena excelente pero ahora mismo estoy en clase, hablamos después, ¿vale? —no quería sonar tan cortante.

—¿Segura que estás bien? —ahora sonaba preocupado.

—Sí, solo que me encuentro en clase como te he dicho antes, te mando besos, nos vemos luego.

No permití que me diga nada más y todo se debe a que Daniel no me quita la mirada de encima desde que salió del salón y se colocó a mi lado, sí como lo ves, ha seguido mi llamada con Adam y por lo que se puede notar no le ha gustado demasiado pero eso no tiene lógica, ¿verdad?, apenas y nos conocemos.

—¿Llamada de emergencia? —es lo único que pregunta cuando paso junto a él para regresar al salón.

—Mmmm, bueno en realidad no, simplemente se trataba de mi novio —le digo mientras levanto los hombros tratando de quitarle importancia.

– Sólo puedes atender llamadas de emergencia, lo mejor es que le pases tu horario a ese novio inoportuno – ¿en qué momento se cabreó? Ese ceño fruncido no me gusta nada, odio los cambios de humor.

Vale, salí de su clase sin pedir permiso pero no nos encontramos en la secundaria como para que tome esa actitud, ¿qué le pasa?

– No volverá a suceder – esbozo una enorme sonrisa y parece funcionar porque al instante me sonrío, ¿tiene que ser tan perfecto?

– Me parece una decisión sabia.

– Bien – ha llegado el momento incómodo y por supuesto lo nota porque comienza a cambiar su peso de un pie a otro.

– Creo que tengo que apresurarme para terminar la actividad.

Me vuelve a regalar otra sonrisa mientras asiento tranquilamente y es la señal que esperaba para entrar al salón y romperme la cabeza con unos ejercicios que no entiendo, todo gracias a no poner atención a la explicación, ¡ayuda!

– Sy, tengo que irme temprano, nos vemos mañana – ella es mi mejor amiga, su nombre es Ruth pero tiene la maña de abandonarme en los momentos que más le necesito, simplemente es la más inteligente y como ella no está babeando por el guapo profesor inglés, ha puesto atención y terminado la actividad, mientras yo me encuentro atascada en el primer ejercicio de ¡DIEZ!

– Espera, no te puedes ir, ayúdame – literal le estoy suplicando hasta le pongo ojos de cachorrito.

– Lo siento pero he entregado mis hojas, la próxima vez te ayudaré lo prometo.

No deja que le siga suplicando porque sale arrollando a todo el que le pone en el camino, esa actitud sólo puede significar una cosa: tiene una cita con George Andrews, su novio perfecto y ahora me recuerdo el por qué no babea por Daniel, ella ya tiene a su novio inglés perfecto.

– Genial, simplemente genial – digo en voz alta, más alto de lo que pretendía.

– ¿Sucedó algo? – de nuevo esa maldita voz a mi espalda, cierro los ojos unos segundos porque me llega el olor de su colonia mientras mi corazón da un vuelco.

– Tengo algunos problemas para resolver la actividad, no entiendo nada, ¿te la podría entregar mañana? – pongo mi mejor sonrisa, si justamente la que convence a mi hermano diciendo: He no me reclames nada porque no he tomado dinero “prestado” de tu escondite secreto que está atrás de tu cama entre aquellos ladrillos de forma particular, vale creo que me he delatado pero aún puedo engañar a mi hermano, no me miren de esa manera en muchas ocasiones necesito dinero “prestado”.

Se queda pensando por unos segundos, considerando mi propuesta hasta que me dice seriamente:

– ¿Mañana? No, imposible, pero si tienes dudas nos podríamos reunir terminando tus clases en el aula 1510 – ¿qué? ¿está loco? No, de ninguna manera, tan sólo pensar estar a solas con él me muero de nervios, podría decir cualquier cosa, decir una estupidez o simplemente abalanzarme contra él, es una terrible idea.

– Quería irme temprano, prometo ponerme a estudiar para resolver la actividad para mañana a las 6:50 a.m. estará lista.

– Llego tarde para mi siguiente clase Sy, tú decides espero verte después de clases.

Y así de fácil se ha ido, caramba ¿qué voy hacer? pero no puedo dejar de entregar una actividad, mierda, estoy metida en un menudo lío tal vez sería más sencillo si no me

mirara de esa forma, si su voz no fuera tan sensual acompañada con ese acento y por Dios ese cuerpo, oficialmente estoy perdida.

Sí, como suponen le he llamado a Adam para avisarle que me es imposible reunirme hoy con él para ir a comer aunque le he prometido que mañana sin falta nos veremos, aunque he de admitir que le echo de menos una barbaridad.

Está a punto a terminar mi última clase, faltan alrededor de quince minutos para terminar mi día, eso significa quince minutos para ver de nuevo a Daniel, pero todo es como si fuera en mi contra ¿saben?. Se preguntarán el por qué, bueno me lo he encontrado varias veces en el transcurso de la mañana y no deja de sonreír de esa manera tan particular, es como si estuviera planeando algo, como si anhelara que llegara el momento de vernos sin otros alumnos de por medio y no ayuda en nada esa actitud.

Ha terminado mi clase, solo unos pasos me separan de Daniel, maldito dilema pero no me voy acobardar, ya tengo mi plan muy bien estructurado: entraré, me explicará el tema, resolveré mi actividad y saldré en menos de media hora, sí, ese es un gran plan. Ha llegado la hora de la verdad, nada de demorarme más de media hora.

— ¡Hey! — le digo apenas pongo un pie en el salón, levanta la vista y nuestras miradas se encuentran. — ¡Hola!

— ¡Hola Sy! ¿Qué tal tu día?

— Largo, muy largo ya sabes nada interesante — es más que evidente el sarcasmo.

— Bien, bueno, ¿cuáles son tus dudas?

— Mmmm, todo — suelta una carcajada y no puedo evitar lanzarle una mirada asesina.

— Entiendo, en ese caso es mejor que comencemos.

Comienza a explicarme como funciona la transformada de Laplace donde no se utilizan nada más que integrales, en realidad no es tan complicado y no tendría mayor problema si me lo explicara un profesor feo y desagradable, ¿entienden mi punto? Pero resulta que no soy inmune a su presencia y no se si estoy malinterpretando todo pero con cada pequeño roce de nuestras manos o una sonrisa compartida mi corazón da un vuelco, caramba corazón contrólate tan solo se trata de un guapo inglés con acento hermoso y unos ojos tan encantadores que podrías mirar en su alma. ¡Basta Syrah!

— Por fin hemos terminado — es lo primero que le digo al finalizar la actividad.

— Si, al menos le has entendido, ¿verdad?

— Por supuesto, estoy lista para un examen — no puedo ocultar mi sonrisa, completamente orgullosa de no tener ninguna duda. — Vale, tal vez lo último era broma.

— No lo digas de nuevo porque lo haré, eh — utiliza un tono severo pero cuando levanto la vista me guiña un ojo y mi corazón se desboca: “vamos corazón contrólate” digo internamente.

— Entendido señor Taylor — justo en ese momento le entrego mi hoja con los ejercicios, necesito salir de aquí antes de cometer una locura como lanzarme a sus brazos y besarlo.

— Es tarde, ¿vamos a comer? — abro los ojos como platos, ¿me está invitando a salir?

Tengo que procesar correctamente mi respuesta, bueno solo vamos a comer no pasará nada, una simple comida no le hace daño a nadie, ¿verdad?, pero por otro lado la relación con un profesor está completamente prohibida y podemos meternos en serios problemas.

— Mmmm, bueno... yo... tal vez... — no puedo terminar de armar una respuesta cuando aparece Richard, él también es profesor en la Universidad y al igual que Daniel es ingeniero en mecatrónica y por lo que hemos podido observar Ruth y yo son grandes amigos.

— ¿Daniel ya casi terminas? Muero de hambre, no tienes una idea.

Siento una gran desilusión pero tal vez es lo mejor, Richard me ha dado clases en semestre pasados por lo que cual me llevo muy bien con él, es muy agradable, sumamente atento y caballeroso, por supuesto también es muy guapo no por nada casi todas babea por él.

– Nos vemos mañana, señor Taylor, gracias por su ayuda – me levanto de golpe para salir disparada. – Adiós señor Starkey, un gusto verlo de nuevo.

– Adiós Syrah.

Lo sé, soy una cobarde pero no podía quedarme con ellos, ahora veo con mejor perspectiva que Richard haya aparecido justo a tiempo para no caer en la tentación de decirle que sí a Daniel.

Con el afán de salir rápidamente de la escuela y no volver a toparme con ellos de nuevo salgo casi corriendo pero al girar en uno de los pisos choco con alguien.

– Mierda, mi tobillo.

– Syrah, ¿te encuentras bien? – venía huyendo de él y ahora me está ayudando a levantarme pero cuando trato de apoyar el pie suelto una enorme maldición.

– Amor, lo siento, no te vi.

– ¿Adam? – ¿en qué momento apareció Adam a mi lado?

– Si, cariño, ¿te duele algo?

– Oh mierda, mi tobillo.

– Vamos a que te revise un doctor, apóyate en mí.

Sé perfectamente que tendría que correr a los brazos de Adam Gibbs pero la verdad es que se está muy bien en los brazos de Daniel Taylor y por lo que se puede notar no tiene la mínima intención de soltarme, al contrario al escuchar las palabras de Adam me sujetó más fuerte acercándose más a su cuerpo.

– Gracias señor Taylor por su ayuda – cojeando me acerco a los brazos de Adam.

Pero como si esto fuera una guerra de testosterona en el momento que Adam me abraza me da un enorme beso que me deja sin aliento y todo enfrente de mis profesores, no podría estar más sonrojada.

– Vale, creo que tendré que cancelar nuestra reservación pero no importa cariño ahora podemos ir a mi departamento, claro primero visitaremos urgencias me preocupa tu tobillo, preciosa.

A la hora de voltear para poder despedirme de Daniel y George no puedo evitar darme cuenta que Daniel está muy pero muy cabreado por toda esta situación por lo que me limito a esbozar una débil sonrisa y caminar al lado de Adam Gibbs, mi novio.

CAPITULO DOS

SYRAH

Tal como lo prometió, Adam me llevó a urgencias, resulta que tengo un pequeño desgarre pero nada que no se cure en tres días, acompañado con un poco de hielo y un baño sumamente caliente.

Al final logré convencerlo de ir a mi departamento para no hacerme más daño al tomar un taxi a la hora de regresar al mío, además que si me ganaba el sueño por el medicamento que me administraron para el dolor ya estaría en mi cama y no al otro lado de la ciudad. Parece que funcionó mi explicación con tantos ademanes y pucheros.

– Aquí tienes cariño tómate esta pastilla para el dolor – me ofreció Adam cuando salí de la ducha.

Ha llegado el momento de hablarles más de mi novio: Adam Gibbs es cuatro años mayor que yo, le conocí por medio de mi hermano mayor ya que jugaban juntos en un equipo de fútbol cuando estaban en la secundaria, por lo regular acompañaba a mi hermano Fernando a los entrenamientos así como a los partidos cada fin de semana.

Desde el momento en el que nos presentó mi hermano, sentí una conexión y justamente en mi cumpleaños número diecinueve me invitó a salir, estaba muy entusiasmada porque no podía creer que se fijara en mí teniendo detrás de él a todas las animadoras del equipo ya que él era el goleador, resumiendo: la figura del equipo.

Además que es inglés, nació en Liverpool pero su padre se fue de casa y su madre fue incapaz de cuidarle por lo que a la edad de doce años se mudó a nuestra calle, todo debido a que la hermana de su mamá vivía en México y era la única que podía hacerse cargo de aquel muchacho rebelde.

Aún recuerdo la primera vez que le vi, iba saliendo de casa para ir a clases cuando me puso el pie, caí y me raspé las manos, me ayudó a levantarme pero me encontraba tan enojada que le di un derechazo y me eche a correr colina abajo mientras escuchaba cómo se reía a mi espalda pero al conocer a mi hermano e irlo tratando porque todos los días estaba en casa me di cuenta que era muy agradable, años después me confesó que aquel día se portó de manera tan grosera para poder hablar conmigo, siempre reímos cuando volvemos a recordar la escena.

Tenemos juntos tres años, tiene unos ojos que me encantan, su cabello es tan sedoso y su forma de ser, bueno que puedo decir, simplemente es perfecto aunque he de admitirlo demasiado celoso, si un chico se me acerca en ese momento pone mala cara, y ya que estamos en la hora de confesiones odio sus cambios de humor, simplemente me vuelve loca, es difícil seguirle el paso.

– Deberías intentar dormir con suerte mañana ya no tendrás el tobillo tan hinchado – me dio un beso en la frente.

– Si, tienes razón, gracias por estar aquí – tenía que irse a su casa, ya era tarde y le quedaba un largo camino que recorrer.

– Siempre, preciosa – me dio otro beso pero en esta ocasión en los labios. – Me voy, ¿quieres que mañana te pase a recoger para llevarte a la escuela?

– No amor, no es necesario, si no puedo conducir pediré un taxi, no te preocupes.

– Vale, cualquier cosa me llamas, descansa.

Mientras me lanzaba un beso, salió del departamento, ahora todo se encontraba en completo silencio.

Desde que comencé la universidad vivo sola en un departamento de dos habitaciones, con todas las comodidades, no quería continuar en mi ciudad de origen por eso puse como excusa la universidad para salir de casa, aunque tuviera unos padres cariñosos y exitosos. Mis hermanos vivían en diferentes ciudades por lo que solo nos reuníamos en las fechas importantes o cuando su agenda se los permitía y hasta la fecha esa situación no ha cambiando en absoluto, aunque admito que me gustaría convivir más con mi familia.

Sin nada mejor que hacer y con el ánimo por los suelos decidí que lo mejor era meterme en la cama y sumergirme en un profundo sueño pero cuando estaba a punto de perderme en los brazos de Morfeo, mi celular sonó, un nuevo mensaje:

“¡Hola! ¿Cómo estás? Espero que no tengas nada grave, ¿te encuentras bien? ¿cómo sigue el tobillo? Mis mejores deseos. Daniel”

Creo que el tomar tanto medicamento me estaba haciendo daño, leí el mensaje tantas veces fue necesario, caramba Daniel Taylor me había mandado un mensaje y estaba preocupado por el estado de mi tobillo. ¡Eh! Espera, ¿cómo consiguió mi número? No recuerdo que me lo hubiera pedido, por lo cuál mi respuesta fue:

“¡Hola! Bien, no es nada grave, máximo en tres días el tobillo regresará a la normalidad. Perdona pero, ¿cómo conseguiste mi número? Syrah.”

Con el alma en un hilo, espero y espero la respuesta, cuando entiendo que tal vez ya no diga nada más y con la desilusión a flor de piel me resigno a por fin intentar dormir, después de unos minutos mis ojos no se vuelven abrir.

Lo primero que pude notar al abrir los ojos a la mañana siguiente es que se me había hecho demasiado tarde. Mierda. Aunque también me di cuenta que la hinchazón del tobillo había disminuido, algo era algo, ¿cierto?

¡Guau! En tiempo record ya me encontraba lista y no tan retrasada como me imaginé, además no me encontré con nada de tráfico, vaya este día pintaba de maravilla, al estacionarme en la escuela me percaté que eran 6:45. ¿En serio? ¿6:45? Nunca había llegado tan temprano, con demasiado esfuerzo bajé del auto.

— ¡Hola Sy! — vale, este día no podía estar exento de su presencia, ¿verdad?

— ¡Hola!

— ¿Cómo sigues del tobillo? — me preguntó en cuanto llegó a mi lado.

— Bien, ahora mismo se ve peor de lo que está, aunque me sigue molestando un poco — admití.

— Entiendo — cuando esboza una sonrisa sus ojos brillan y es en ese momento en el que logra que me olvide de absolutamente todo. Este hombre provoca en mí, a la vez, la admiración y la piedad en grado sorprendente.

Obligándome a dejar esos pensamientos de lado comencé a caminar por supuesto muy lentamente, ojalá hubiera podido correr.

— ¿Entonces? — comenzó a decir en voz baja.

— ¿Qué pasa? — volteé a verlo y pude darme cuenta que no lograba animarse a hacerme la siguiente pregunta.

— ¿Tienes novio? — me paré en seco, ¿a qué venía esa pregunta?

— Si, tengo novio — comencé a caminar de nuevo. — Adam, su nombre es Adam Gibbs.

Me tomó del brazo para que me pudiera apoyar en él, aún no lograba explicarme porque sentía esa corriente eléctrica recorrer mi brazo en cuanto me tocaba, en cuanto lo sentía cerca de mi cuerpo.

— ¿Y hace mucho que sales con él?

— Tres años — le respondí sin mirarle.

– Vaya, mucho tiempo juntos – escuché el pesar en su voz, ¿lo había alucinado?
¿Tenía que tardarme tanto tiempo en subir cinco pisos con el tobillo lastimado? Mierda apenas vamos en el segundo piso, esto sin duda será una completa tortura. Pero como si no fuera suficiente comenzó a sonar “Amanecer”, al otro lado de la línea se encontraba Adam. ¡Genial!

– ¡Hola! – dije por lo bajo.

– ¡Hola cariño! ¿Cómo estás? – Adam siempre sonaba demasiado feliz así que tenía que dejar de obsesionarme con Daniel Taylor.

– Bien, me siento muchísimo mejor – respondí lo más tranquila que pude.

– En verdad lamento lo de tu tobillo, me encantaría recompensarte, ¿aceptas? – seguía feliz.

– No fue tu culpa, al final yo iba completamente distraída – quise quitarle importancia a la situación.

– No dejaré que me convenzas de lo contrario, vamos déjame recompensarte – insistió.

– Vale, está bien – por una extraña razón teniendo a un lado a Daniel no le podía decir palabras cariñosas, simplemente no me salían.

– Excelente amor, ¿te recojo cuando terminen tus clases? – ¿no podía simplemente llamarme después?

– Mejor nos vemos en mi departamento porque traigo el auto, ¿está bien a las 4:00? – no reconocía mi propia voz.

– Si, genial, nos vemos a las 4:00, te amo Sy – silencio, no podía hacerme esto, en verdad no, lancé una mirada rápida a la dirección donde se encontraba Daniel y descubrí que me miraba de forma expectante, siguiendo toda la conversación.

– Yo también, adiós – lo dije tan rápido que no creo que Adam me hubiera entendido. Por los próximos dos pisos no dijimos una sola palabra, quise hablar y las palabras murieron en mis labios, al llegar al último piso me aclaré la garganta y por fin me atreví a dirigirle una rápida mirada, me encantaba verlo de perfil con esa media sonrisa.

– Gracias por ayudarme a subir – soné demasiado nerviosa, mi corazón latía demasiado rápido que temía saliera de mi pecho.

– De nada – voltee a verlo nuevamente porque su tono sonaba demasiado severo nunca le había escuchado hablar de aquella manera, tenía el ceño fruncido y sólo se limitaba a asentir con la cabeza cuando alguien pasaba a su lado y lo saludaba animadamente. Entramos al salón y me acompañó hasta mi lugar de siempre, me pude percatar que su respiración se había vuelto irregular, su pecho subía y bajaba rápidamente a la vez que su mirada se había oscurecido, su mano se encontraba en mi rodilla mientras que la otra seguía tocándome el codo, comenzó a acercarse un tanto cada segundo, le escuché pasar saliva y ahora su mirada se dirigía a mis labios. Mierda, me iba a besar. No podía permitirlo estábamos en la escuela y alguien podía entrar en cualquier momento.

– Syrah – dijo con voz ronca.

No perdí uno sólo de sus movimientos, podía sentir su aliento golpeando mis labios, si me estiraba tan sólo un poco podía llegar a rozarlo, podía llegar a sentirlo, estaba perdiendo la cabeza.

– Daniel – alcancé a susurrar implorándole que se diera prisa, estaba a punto de explotar si no se apiadaba de mí.

Avanzó un poco más en mi dirección y justo cuando estábamos a nada de fundirnos en un beso desesperado Ruth, sí, mi mejor amiga entró en el salón.

– ¿Syrah? – su voz retumbó en las cuatro paredes.

Al instante Daniel retrocedió y a mi vez cerré los ojos un poco por el susto pero en mayor medida por la frustración, si hubiera tardado cinco minutos más en aparecer hubiera podido haber probado esos labios. No, no, ¿qué estoy diciendo?, tengo que pensar en Adam, tengo que sacar de mi cabeza a Daniel Taylor, no debo olvidar que es prohibido para mí.

—¡Hola Ruth! ¿Cómo estás? —dije una vez que recuperé la voz, entrecerré los ojos tratando de analizar la escena que presencié, tenía que eliminar el nerviosismo y el rubor de mis mejillas.

—¡Hola Sy! Bien —contestó tranquilamente pero con la mirada me dijo que al final de la clase vendría el interrogatorio obligatorio, no se quedaría tranquila hasta saber que estaba sucediendo.

—Gracias por ayudarme, señor Taylor —le dirigí a Daniel una mirada implorándole que no dijera nada más.

—No fue nada, Syrah —se aclaró la garganta. —Espero que te mejores pronto.

—¿Cómo? —casi gritó Ruth desde la puerta y atravesó el salón en un segundo. —¿Qué te pasó, Sy?

—Ayer me caí al chocar con Adam en el tercer piso y me he lastimado un poco el tobillo, el señor Taylor me ha ayudado a subir desde el estacionamiento —dije con toda la naturalidad del mundo, como si no hubiera estado a punto de besarme con nuestro profesor de matemáticas avanzadas.

—Ah, entiendo —cambió el tono de voz y supe que no habría ningún interrogatorio, eso le explicaba porque nos había encontrado tan cerca el uno del otro.

La siguiente hora y media fue la más larga que pudiera haber existido, no soportaba las intensas miradas de Daniel, buscaba cualquier pretexto para acercarse a mi lugar pero lo que más odiaba era que lo hacía con toda la naturalidad del mundo. Caramba, ¡estuvo a punto de besarme!, ¿en verdad no lo había alterado la situación? Maldito cabrón, aquello era injusto pero claro que existe una gran diferencia entre QUERER besar a alguien y BESAR a alguien, quedaba un largo trecho entre esas dos posibilidades aunque no me imaginaba que ese trecho se acortaría rápidamente y dejaría de existir.

CAPITULO TRES

DANIEL

La fuerza de voluntad en muchas ocasiones deja de existir sobre todo cuando los sueños siguen siendo los mismos cada noche e interfieren con la perspectiva de la realidad.

Mi abuelo siempre ha dicho que los varones de la familia Taylor nacen con una maldición:

“Cuando comiences a soñar con una mujer de forma consecutiva significa que es la elegida, no puedes escapar de tu destino”.

Si te lo dicen al instante te parecerá una patraña y soltarás una carcajada pero desde hace unos meses tengo el mismo sueño, y termina de la misma manera: nunca puedo mirarle la cara. Ese sueño ha hecho que comience a cuestionarme si lo que dice mi abuelo es cierto o no, tal vez todo es fruto de mi imaginación, ¿quién puede creer que en un sueño conocerás a la mujer de tu vida?

– ¿Daniel vamos a comer? – esa es la voz de mi mejor amigo Richard.

– Sí, me parece bien, vamos.

– ¿Te encuentras bien? ¿sucede algo? – me dijo una vez que estaba frente al escritorio.

– Todo en su lugar – le digo con un tono relajado.

La verdad es que tranquilo es lo último que estoy, desde que inició este semestre mi vida se encuentra desbocada y todo comenzó cuando aquella chica de cabello castaño y ojos café claros irrumpió en el salón de clases a toda prisa, fue tal el impacto que recibí porque no podía creer el parecido que tenía con la chica que últimamente ronda por mis sueños. ¡Tenía que ser un chiste!

– ¿Qué tal te ha ido en estas semanas? – Richard intentaba conversar un poco. – ¿Te has podido adaptar?

– Bien, todo tranquilo – agradecía su interés por intentar animarme.

Una de las cualidades de Richard es que sabía perfectamente hasta donde llegar, nos conocíamos tan bien que sin decir demasiado sabíamos cuando el otro no estaba en su mejor momento, es una de las consecuencias por decirlo de algún modo que se dan cuando creces con tu mejor amigo.

Comenzamos a bajar tranquilamente, no había muchas personas por los pasillos por lo que nos facilitó el bajar en silencio mientras recordaba lo bien que encajaba mi mano en la cintura de Syrah, su perfume y hasta el tono de su voz.

– ¿Podrías dejar de contestar con monosílabos? – vale, tal vez Richard había perdido la paciencia.

No me había dado cuenta que no le prestaba la mínima atención por seguir pensando en...

– No, espera, no tan de prisa Ruth, todavía me cuesta apoyar el pie – aunque la escucho hablar a diario todavía mi corazón comienza a latir más de prisa cuando sé que está cerca de mí y su voz llega hasta mis oídos.

– Sy, si continuamos así nunca lograremos bajar – noté como Ruth intentaba ahogar una carcajada.

Apresuré el paso para poder llegar hasta ella y poder ayudarle, podía sacrificarme un poco pero justo al girar de pronto apareció de la nada.

– ¡Auch! – gritó al recibir el impacto pero mis reflejos no me decepcionaron y pude reaccionar a tiempo para rodear su cintura con mi brazo, mi cerebro se disparó en un segundo.

– Lo siento, Syrah – siempre que estaba cerca de ella mi juicio se iba de vacaciones.

– Espero no morir en estos días – soltó una carcajada para quedarle peso a la situación, sobre todo para que no me percatara que su respiración ahora era irregular como la mía.

Su comentario no me hizo ninguna gracia, saber que se encontraba en constante peligro, que su tobillo estaba lastimado y no poder estar cerca de ella más tiempo para poder cuidarla me estaba volviendo loco, en verdad sentía que tenía que estar a su lado, una extraña fuerza me guiaba hacía ella cada segundo del día.

– No digas tonterías – vale, tal vez no empleé el tono adecuado porque su expresión al momento cambió.

– ¿Nos podemos ir, Sy? – dijo Ruth e intentó que la soltara pero no se lo permití.

– Gracias de nuevo, señor Taylor.

Me encantaba como sonaba mi apellido en sus labios pero imaginar como sonaría mi nombre en su boca hacía que otra parte de mi anatomía se despertara, por eso la solté, no deseaba que notara mi deseo por ella, que haría cualquier cosa que me pidiera para poder hacerla gritar mi nombre, volverla loca, acariciarla y explorar cada centímetro de su cuerpo.

– ¿Necesitas ayuda, Sy? – preguntó mi inoportuno amigo.

– Sí – dijo Ruth

– No – replicó Syrah.

– Sí profesor, muero de hambre y Sy baja a paso de tortuga – replicó Ruth. – Por favor, Syrah – volvió a mirar a Richard. – Hoy anda completamente distraída y no puede coordinar el cerebro con sus pies, como diría ella activó el modo zombi.

– Cállate, Ruth – respondió Syrah mientras se sonrojaba por las palabras de Ruth, me encantaba ver como sus mejillas se teñían de rojo.

Sin que le dijeran nada más Richard tomó a Syrah en sus brazos y bajó rápidamente los pisos restantes, sobra decir que iba echando humo por las orejas. Syrah tendría que estar en mis brazos, no en los de Richard, ¿por qué no le ofrecí mi ayuda?

– Nosotros también vamos a desayunar, ¿quieren venir? – preguntó Richard.

– No – respondimos Syrah y yo al unísono.

No hace falta explicar que dos pares de ojos nos miraron de forma desconcertante, sobre todo Ruth.

– A lo que me refiero es que tenemos poco tiempo... Mmmm... Tenemos una conferencia.

– Intentó explicar Syrah.

– ¿Cuál conferencia? – preguntó Ruth.

– La conferencia, aquella de liderazgo, la conferencia Ruth, ¿recuerdas? – le suplicó con la mirada que le siguiera la corriente, internamente sonreí al verla tan nerviosa.

Richard se dio cuenta de la divagación en la cara de Ruth intentando entender un poco de lo que quería explicar Syrah sin mucho éxito, como si de pronto Syrah se hubiera vuelto loca. Ruth volvió a dudar pero al ver más detenidamente a Syrah sonrió disimuladamente.

– Claro la conferencia – dijo con un tono de diversión pero calló por un momento y pude notar como el cerebro se le encendía. – Cierto, la conferencia, inicia en media hora y muero de hambre, vamos Syrah – su expresión cambió totalmente.

Sonreí internamente, me encantaba saber el efecto que causaba en Syrah, las miradas intensas que me dirigía comprendía que no le era tan indiferente aunque tuviera como novio aquel estúpido y no lograra comprender cómo podían estar juntos.

– Mierda Ruth en verdad no puedo caminar más rápido – su voz me regresó a la realidad.

– Sy, ¿has notado lo tarde qué es?

Así continuaron hasta que llegaron a la cafetería y de pronto recibí un golpe en la cabeza.

– ¿Qué te pasa? – casi le grité a Richard.

– Deja de babear y comienza a mover ese culo – dijo en voz baja para que sólo yo le pudiera escuchar además de una sonrisa burlona.

– Idiota – le respondí mientras caminábamos hacia el estacionamiento.

Camino al estacionamiento fue difícil poder continuar con la conversación porque muchos alumnos saludaban a Richard algunos preguntándole sobre alguna actividad o simplemente para saludarlo e invitarnos a comer, he de admitir que con la mayoría fui demasiado cortante todo a consecuencia que seguía pensando en Syrah, y en ese tiempo estuve analizando los pros y contras de mandarle otro mensaje para asegurarme que se encontraba bien pero en todas fracasé y terminé más frustrado de lo que pretendía.

– ¿Puedes dejar de jugar con ese maldito celular? Me estás volviendo loco.

– ¿Perdona? – en ese momento me percaté que nos encontrábamos junto a su auto.

Pero me dedicó una sonrisa cómplice como si hubiera descubierto los secretos del universo, sin más salimos de la escuela, todas las mañanas íbamos al mismo sitio “El Baúl” así que ya no era necesario decir nada, comencé a entrar a la sección de mensajes y a escribir: “¡Hola! Espero que lograras desayunar...”

No, aquello seguía siendo mala idea no podía mandarle nada, al contrario tenía que alejarme de ella y...

– Dime de una vez por todas lo que te sucede.

– Asuntos pendientes que dejé en Liverpool.

– Vale no te creo pero no te voy a presionar – asentí débilmente. – Pero si quiero dejarte algo en claro.

– ¿Qué? – le miré por el espejo retrovisor.

– Syrah es una estudiante, no te arriesgues, olvídala – me regresó la mirada. – No querrás que te despidan y que la expulsen de la universidad.

Sus palabras me cayeron como un balde de agua fría, era cierto no podía seguir avanzando, los dos teníamos demasiado que perder, cerré los ojos mientras me decía una y otra vez que Syrah estaba fuera de mi alcance sin importar cuánto deseara que estuviera entre mis brazos, sin importar cuánto me resistiera en no sonreír cada mañana al verla llegar. Cuando estaba a punto de replicar y decirle que se equivocaba ya nos encontrábamos en el café.

Richard no volvió a tocar el tema y le agradecí su discreción, el tema se concretó en mi estancia en México, era extraño estar en un país donde las costumbres son tan diferentes a las que te han inculcado desde pequeño pero la adaptación es importante y no sólo cuando se muda hacia otro país.

– Me han estado platicando sobre un trabajo en Monterrey, ¿te interesa?

– ¿Monterrey? – repliqué.

– Sí, es un proyecto muy atractivo, podríamos conseguir un contrato por dos años.

– Claro, suena bien, avísame cuando tengas una idea más concreta sobre el proyecto.

Sé que no soy justo con Richard, al final lo único que busca es animarme pero joder no logro enfocarme en nada.

– Daniel, está sonando tu celular.

Usualmente siempre reviso quién me llama pero estaba tan distraído que no le presté la menor atención y conteste sin más.

– ¡Hola! – dije sin ánimo.

– ¿Cómo conseguiste mi número? – abrí los ojos de golpe y casi me caí de la silla, esa voz

la reconocería en cualquier lugar.

– ¿Perdona? – mierda Daniel puedes decir algo más inteligente.

– ¿Cómo conseguiste mi número? – volvió a decir con voz más baja.

Richard me miraba de forma expectante, no tenía ni idea de quién se encontraba del otro lado de la línea, ni yo podía creer que Syrah me hubiera llamado y aunque no estuviera viendo sus preciosos ojos mi respiración comenzó a volverse irregular, reuní todas mis fuerzas para poder levantarme de la mesa sin que Richard me notara vacilar.

– ¿Sigues ahí? – sonaba cada vez más desesperada.

Cuando me aseguré estar lo suficientemente alejado de Richard e inhalé varias veces, me aclaré la garganta.

– Sí, aquí estoy – escuché como inhaló fuertemente.

– Bien, entonces me podrías responder.

– ¿Por qué me has llamado Syrah? – intenté contraatacar. – Esta pregunta podría haber esperado hasta mañana.

Silencio. Le escuché balbucear algo.

– Tengo que colgar sigo en la conferencia, adiós Daniel.

Expulsé todo el aire que había retenido, no era posible que estuviera tan nervioso a su lado o entender cómo el sonido de su voz puede voltear todo mi mundo. Hace bastante tiempo que me prometí no volver a perder la cabeza por nadie, justamente cuando Adam Gibbs se interpuso en mi camino y se llevó lo mejor de mi vida. Lo último que deseaba hacer era enamorarme de alguien, sería el peor error que podría cometer.

– ¿Quién era? – preguntó Richard con el ceño fruncido.

– Mmmm, Jane. – respondí sin vacilar para sonar real.

Es difícil mentir a tu mejor amigo pero en algunas ocasiones no se tiene otra opción, salimos del café y justo al entrar al auto me llegó un mensaje: “No puedes tener mi número, si me prometes borrarlo yo haré lo mismo con el tuyo, ¿no tienes suficiente con acelerar mi corazón? Syrah.”

CAPITULO CUATRO

SYRAH

¿Conocen esa sensación cuándo envían algo que nunca debió siquiera escribirse? Ahora mismo me encontraba así, ¿por qué tuve que escribirle lo último? Mierda. Mierda. Mierda.

– Apresúrate, Sy – literal mi amiga me iba empujando de nueva cuenta.

– Ya voy, no tienes que aventarme – comenzaba a irritarme.

Mientras subía las escaleras para entrar a mi última clase mi corazón latía como desesperado, esperaba que Daniel no tomara ese mensaje de manera equivocada. ¡Rayos! ¿De qué manera lo podría tomar? Había sido demasiado explícita, tan sólo tenía que exigirle que borrara mi número, mierda.

– ¡Hola Sy! – gritaron a mi espalda y al instante volteé.

– ¡Hola! – venía corriendo una amiga que estudiaba diseño gráfico, cuando ingresamos a la universidad tomamos varias clases juntas como diseño interactivo o alguna otra donde se podía mezclar carreras aunque era difícil ya que íbamos en caminos un tanto alejados.

Nos alcanzó y llegamos a nuestro respectivo salón.

– Me he enterado sobre tu tobillo, ¿te encuentras bien? – su mirada al instante se dirigió al tobillo lastimado.

– Si, no es nada grave, probablemente mañana esté completamente bien – le respondí en un tono que indicaba que todo estaba bien, quitándole importancia.

– Genial, me alegro, es horrible estar lastimado y tener que subir y bajar tantas escaleras – añadió con una sonrisa vacilante.

– Ni que lo digas, hoy ha sido todo un desafío – dijo Ruth burlescamente.

– Gracias, amiga – le respondí con el mismo tono, lo había dicho en broma.

– En fin, tengo entradas gratis para el cine, ¿les gustaría venir terminando las clases? – dijo con una gran sonrisa, siempre transmitía su buena vibra por lo que asentí mientras volteaba a ver a Ruth, no podía hablar por las dos.

– Por supuesto – respondió mi amiga.

– Vale, nos vemos a las tres en el claustro – contestó Ellie mientras corría a su salón porque estaban a punto de cerrar la puerta.

– Genial – respondimos a la vez mientras nos despedíamos con la mano.

Casi terminaba la clase y seguía sin tener una respuesta de Daniel, vale tal vez se molestó por mi comentario, tal vez sólo estoy imaginando cosas y en ningún momento se ha interesado en mí, caramba pero, ¿en qué estaba pensando? ¿qué me aseguraba que está interesado en mí? Tal vez sólo es amable, tal vez sólo es un caballero que trata de ser agradable para adaptarse rápidamente. Mierda Syrah, ¿dónde tenías la cabeza?

Cuando la miss dio por terminada la clase me resigné a no recibir ninguna respuesta aunque no puedo negar que estaba demasiado decepcionada y no sabía distinguir si era porque no me hubiera contestado o por saber que le era completamente indiferente, con el ánimo por los suelos bajé con Ruth al claustro para esperar a Ellie y poder ir al cine, rogaba que al estar con mis amigas, mi ánimo volviera a su lugar y no fuera la amargada esa tarde, nos sentamos en los sillones que se encontraban cerca de la entrada principal, Ellie solía quedarse un poco más al terminar su clase, intenté relajarme lo más que pude.

Vamos Syrah, tienes que dejar de pensar en Daniel, si hubiera querido responder ya tuvo tiempo de sobra para hacerlo, es un profesor, ¿en qué mierda pensabas?, cierto el problema es que no pensaba cuando lo escribí.

— ¿Qué te sucede, Sy? — la voz de Ruth me regresó a la realidad. — Has estado todo el día completamente distraída — levanté la vista para encontrarme con el ceño fruncido de Ruth.

— Nada, simplemente demasiados trabajos — quise quitarle importancia al momento.

— No me veas la cara de estúpida, es más fácil que me digas: “No te metas en mis asuntos” a que me salgas con esa tontería — ahora sonaba molesta.

— Bueno... en realidad... vaya, es complicado — comencé a balbucear.

Esperé por un par de minutos porque por supuesto notaba mi vacilación entorno a mi pelea en la cabeza.

— Resulta que he mandado un mensaje, tal vez no muy agradable, o mejor dicho completamente fuera de contexto, nunca des nada por sentado — no podía armar una frase coherente.

— ¿A quién? — ¿por qué no bajaba Ellie? ¿dónde diablos se había metido?

— Mmmm, de hecho se lo mande a... — de nuevo silencio, no podía decirle: “Ah si, bueno, se lo mandé a nuestro profesor de matemáticas porque imaginé que estaba interesado en mí, ya sabes, una situación completamente normal”.

— En realidad se lo envié a... — volví a comenzar a decir.

— ¡Hola señor Taylor! — abrí los ojos como platos cuando Ruth dijo esas tres palabras, ¿cuánto había escuchado? ¿hacía cuánto que estaba tras de mí? ¿por qué no había dicho nada? Tal vez simplemente se estaba divirtiendo a mi costa.

— ¡Hola chicas! ¿Qué hacen tan tarde por aquí? — preguntó como sí no hubiera escuchado nada.

— Estamos esperando a una amiga nos ha invitado al cine — le lancé una mirada asesina a Ruth que no entendió.

— ¿Quién invita al cine? — intervino Richard al acercarse.

— Al parecer Syrah — respondió Daniel con voz neutra pero con mirada divertida.

— Sí, Syrah invitará, ¿no quieren venir? — gracias “mejor” amiga por la ayuda.

— Estaría increíble, ¿qué opinas Syrah? — dijo Daniel.

Cerré los ojos por un segundo, rápidamente me imaginé esa escena, no podía ser tan mala porque no estaríamos solos y siempre podía sentarme al otro extremo.

— Sí, claro, estaría bien — justo cuando Daniel iba a responder comenzó a sonar mi celular.

— Dile a Adam que saldrás con nosotros, siempre estás con él — dijo Ruth y como respuesta sólo le saqué la lengua.

— ¡Hola! — contesté.

— ¡Hola cariño! ¿Cómo estás?

— Bien — caminé hacia un extremo para que no escucharan mi conversación.

— Me alegro, ¿sigue en pie nuestra salida? — mierda, lo había olvidado por completo.

— Lo siento pero he quedado con Ruth y Ellie para ir al cine.

— Ah vale, está excelente, bueno espero poder verte un ratito por la noche — me encantaba lo tranquilo que era, no como esos novios posesivos, Adam comprendía perfectamente que me encantaba pasar tiempo con mis amigos y mi familia.

— Claro, en cuanto llegue al departamento te llamo, ¿vale?

— Genial, cuídate amor y te diviertes, besos.

— Adiós.

Cerré los ojos y recargué la cabeza en la pared mientras metía el celular en una de las bolsas del pantalón, ¿por qué si tenía un novio tan atento sentía cosas por Daniel Taylor y le dedicaba más de un segundo?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

